

LA TIRANIA EN COREA

En medio de todo esto, el Departamento de Estado se había apresurado a explicar que en Corea del Sur había habido un golpe de Estado. Los medios de información de Estados Unidos en Corea del Sur son enormes: aparte del cuerpo expedicionario de 40.000 soldados, tiene consejeros en todas partes, y una Embajada numerosísima y especializada. Técnicamente, no tiene posibilidades de error al calificar el suceso. Menos aún si anuncia, como lo hizo en el primer momento, que las relaciones de Estados Unidos con Corea del Sur seguían siendo las mismas, y advertía a Corea del Norte que en ningún caso toleraría que se inmiscuyese en la situación creada. Sus soldados fueron movilizadas al mismo tiempo que los de Corea del Sur: unos y otros, con el objetivo oficial de evitar cualquier acción de Corea del Norte. Unos y otros, probablemente, para consolidar el nuevo poder.

¿Dónde va ese nuevo poder? Hacia las elecciones y probablemente hacia la democratización, dentro de la misma línea de todas las tiranías derrocadas en serie du-

rante este año, con la anuencia —por lo menos— de los Estados Unidos. Hacia la política Carter. Puede ser elegido Presidente el hombre que hoy ocupa el cargo por interinidad, el hasta ahora primer ministro. Que no ha vacilado, en todos estos años, en sostener la política dura, corrupta y tiránica de Park, pero que no tiene por qué vacilar ahora en crear una democracia controlada. Esta es la calidad moral de la política.

El acontecimiento coreano es importante. Asia está en un momento de transición, Corea del Sur tiene una significación de fortaleza y de puente de los Estados Unidos. Podría haber sido todo un accidente, como dice la explicación oficial, o podría ser lo que la Unión Soviética ha denunciado ya: el cambio de una marioneta de los Estados Unidos por otra marioneta de los Estados Unidos, que todo daría igual. Es un cambio de trascendencia, en el que no puede estar ausente tampoco China, que puede influir en las relaciones con Corea del Norte, que interesa enormemente al Japón. Todo ello se ha de ver en los próximos meses. ■
E. H. T.



El dictador Park, a la izquierda de la foto, junto al jefe de su guardia personal, Cha Chi Chul, durante un desfile. Ambos han sido asesinados.



Vaclav Benda.



Otta Bednarova.

"Carta 77"

EL PROCESO

Resulta hoy difícil encontrar las obras de Franz Kafka en las librerías de Praga. Sin embargo, muchas de las cosas que ocurren estos días en Checoslovaquia tienen bastante que ver con el universo burocrático y absurdo del gran escritor judío.

JOAQUIN RABAGO

LA condena ha sido general. Desde la derecha, naturalmente, y el Vaticano de Wojtyla, por supuesto, hasta los socialistas y los partidos comunistas de Berlinguer, Carrillo y Marchais. El juicio de los seis disidentes checos se ha visto transformado, por un esperable efecto de huerang, en un proceso al "socialismo existente".

Los acusados (y condenados, el martes 23, a pesar de sus protestas de inocencia, a penas de cárcel que van de dos a cinco años y medio): una psicóloga y madre de siete hijos, Dana Nemcova; un filósofo y ex líder estudiantil durante la etapa Dubcek, Vaclav Benda; un ingeniero y también ex dirigente juvenil, Petr Uhl; dos periodistas de TV, Jiri Dientsbier y Otta Bednarova, y un conocido dramaturgo, Vaclav Havel, cuarenta y tres años, autor de "La Audiencia", "Fiesta en el jardín", "La inauguración", entre otras obras.

Todos ellos, firmantes de la "Carta 77" y al mismo tiempo miembros del llamado Comité para la Defensa de las Personas Injustamente Perseguidas (VONS). Sobre los seis disidentes pesaba la acusación de haber difundido noticias falsas y calumnias para el Estado checoslovaco y haber montado una campaña de difamación del régimen

socialista. Cargos asimilados al de "subversión" para el cual prevé el Código Penal, en su artículo 98, hasta diez años de cárcel.

Como otros procesos anteriores contra disidentes, no se ha caracterizado este juicio por su transparencia. Tampoco esta vez se permitió la entrada en la sala a la prensa o el Cuerpo Diplomático, ni siquiera al jurista delegado por Amnistía Internacional. Sólo fueron admitidos algunos familiares, a quienes se prohibió además tomar notas. Entre los que tuvieron que quedarse fuera "por falta de espacio", según la explicación de las autoridades, estaba el ex ministro de Asuntos Exteriores con Dubcek, y firmante de la "Carta 77", Jiri Hajek.

Firmas y represalias

Con este juicio, al que deben seguir otros, las autoridades checoslovacas han pretendido asentar un nuevo golpe al movimiento opositor, de defensa de los derechos civiles, organizado en torno a la "Carta 77", documento así llamado por haberse hecho público el 1 de enero de 1977. La Carta, un texto de seis folios que en un principio firmaron 247 personas —científicos, profes-



Dana Nemcova.



Jiri Dienstbier.



Vaclav Havel.



Petr Uhl.

res de Universidad, políticos que habían colaborado con Dubcek, obreros, artistas...—, ha sido suscrita hasta ahora por más de 1.000 personas que han antepuesto, en todos los casos, sus íntimas convicciones al temor de previsibles represalias por parte de las autoridades.

Los "cartistas" —sea palabra a la que habrá que acostumbrarse— vienen publicando desde entonces documentos (mecanografiados con viejas máquinas de escribir) en los que se denuncian repetidas violaciones no sólo de los pactos internacionales de derechos civiles y políticos o de derechos económicos, sociales y culturales, firmados por el Gobierno de Husak, sino de la propia Constitución checa; la cual garantiza sobre el papel derechos que luego se conculcan en la práctica diaria... Idénticos objetivos inspiran también al llamado Comité de Defensa de los Injustamente Perseguidos, constituido el 27 de abril de 1978.

Los documentos de los "cartistas" (más de 120 hasta hoy) se difunden clandestinamente por el país y se publican, tras cruzar las fronteras, en algunas revistas de emigrados, como "Svedectvi", de Pavel Tigrid, que se edita en París, o "Listy", que aparece en Roma y está dirigida por el ex responsable de la TV checa en tiempos de Dubcek y hoy diputado en el Parlamento Europeo por el Partido Socialista Italiano, Jiri Pelikan, y son también puntualmente recogidos en sus diarios programas de propaganda dirigidos al Este por emisoras como La Voz de América o Radio Europa Libre.

Nada más publicarse la "Carta 77", durante el mismo mes de enero de 1977, comenzaron las detenciones de firmantes por el STB, servicio de seguridad checo, aunque los primeros juicios contra los entonces detenidos no tendrían lugar hasta septiembre y octubre de ese año. Entre los

procesados (y condenados, igual que ha ocurrido ahora, a penas de cárcel de entre tres y cinco años) había físicos nucleares, ingenieros agrónomos, directores de escena, escritores, periodistas y jóvenes objetores de conciencia.

Desde entonces se han sucedido en Checoslovaquia los procesos contra disidentes, algunos de ellos silenciados por la prensa, algo que las autoridades no pudieron conseguir en otros casos como los del antes citado Vaclav Havel (su primer juicio se celebró en octubre de 1977), el periodista Jidi Lederer o el escritor y director teatral Frantisek Pavlicek, personajes todos ellos muy conocidos.

El acoso a Havel

Pero las autoridades tampoco se han limitado a detener y llevar ante los Tribunales a los opositores al régimen, sino que han pasado a tomar contra los disidentes todo tipo de represalias: así, numerosos intelectuales firmantes de la "Carta 77" han sido despedidos sin explicaciones de sus puestos de trabajo en la Universidad y han tenido que buscar empleo como vendedores de helados, fogoneros o guardianes nocturnos de zoo (tal ha sido el caso, entre otros, de los filósofos Julius Tomin y Ladislav Hejdanek), cuando no se han visto sometidos a agresiones físicas.

Un caso especialmente significativo es el de Havel. Según ha referido él mismo, la Policía montó una especie de barraca a pocos metros de la casa de verano que el dramaturgo posee cerca de la frontera con Polonia, en pleno campo, para desde allí vigilar todos sus movimientos y pedir la documentación a cuantos acudiesen a verle. Incluso para sacar a pasear al perro, Havel tenía que pedir permiso. Si iba al pueblo, distante seis kilómetros,

uno de los policías le acompañaba con su metralleta. Para hacerle la vida imposible, los guardianes llegaron incluso a cortar la calefacción y el teléfono, y le encusieron el agua que utilizaba para su higiene privada.

También su vivienda urbana se vio sometida al acoso policial. Allí aparecieron un día un par de funcionarios convenientemente provistos de una mesa, unas sillas y un teléfono, y se colocaron frente a la puerta con la intención evidente de registrar todas sus entradas y salidas, así como las de sus visitantes. Las amenazas y los insultos de los funcionarios se sucedieron diariamente hasta que Havel fue definitivamente arrestado, por segunda vez, junto con otros nueve disidentes, el 29 de mayo. (A ese grupo pertenecen los seis procesados —el propio Havel, entre ellos— la última semana.)

En otras ocasiones, los métodos empleados por las autoridades han sido —digamos— más "drásticos". Así, la portavoz de los "cartistas", Zdena Tomínova, esposa del antes mencionado filósofo-guardián de zoo Julius Tomin, fue golpeada, el pasado mes de junio, por alguien que ocultaba su rostro con una media, y hubo de ser trasladada al hospital con una fuerte conmoción cerebral. Un "accidente" parecido sufrió, unos meses más tarde, su amiga y también firmante de la "Carta 77", Vera Vranova.

Que venga Marx y lo vea

Todo esto ocurre a los once años del aplastamiento por las tropas del Pacto de Varsovia del experimento democratizador dentro del socialismo de Dubcek. Hecho dramático al que el también disidente y comunista alemán Robert Havemann no ha dudado en calificar llanamente de "contrarrevolucionario" y de

"crimen" contra los "partidos comunistas que estaban luchando por desenmascarar los horrores de aquella época (la estalinista)" (1).

Hoy, la dependencia de Checoslovaquia respecto de la URSS es enorme. Y el régimen de Husak, que ha tratado de compensar la falta de libertades, aun relativas como las que existen, por ejemplo, en Polonia y Hungría, fomentando el nivel de consumo de la población (2), se siente más inseguro que nunca.

Es cierto que, como afirmaba en una entrevista al disidente alemán Rudolf Bahro (3), liberado por las autoridades de su país a raíz de la reciente amnistía, en la RDA (y también en Checoslovaquia, añadimos por nuestra cuenta) los detenidos no se "suicidan" en las comisarias saltando por una ventana, ni desaparecen sin más, como ocurre en Argentina, en Chile, en Uruguay o en El Salvador. Ahora bien, ¿puede acaso ese hecho servirnos de consuelo?

El fascismo, ya se sabe, es asesino: tortura y mata. La historia más reciente abunda en ejemplos de que es así. Pero si perseguir a unos ciudadanos por sus simples ideas y convicciones, o por exigir el cumplimiento cabal de la Constitución de su país y de los pactos internacionales sobre derechos humanos suscritos por su Gobierno, si eso es —como pretenden todavía algunos— socialismo, que venga Marx y lo vea. ■

(1) La libertad como necesidad (Escritos berlineses), de Robert Havemann, Traducción de Ramiro Reig. Editorial Lata. Barcelona, 1978. Conjunto de ensayos, entrevistas y conversaciones que constituyen un lúcido análisis de las carencias y los excesos del "socialismo" existente.

(2) Es lo que ocurre, aunque con mayor éxito, en la RDA, cuyo nivel de productividad es más alto que el checoslovaco.

(3) Rudolf Bahro, en libertad, por R. Vázquez-Prada (TRIUNFO, núm. 873).